

CRONICA DEL COLEGIO

Partía de vacaciones a mi terruño cuando llegaron a mis manos dos preciosas obras con que el señor Rec- tor quería premiar la tarea honrosísima que él mismo me hubiera confiado de cronista para el órgano perio- dístico del Colegio. Cubiertos venían los libros por fino papel que, en su color malva, me hablaba de halaga- doras promesas. Despojélos de la envoltura y a mis ojos cayó en negros caracteres el nombre de Pereda.

Bendigo la evocación de aquel regalo porque con ella tendré lujoso pretexto para romper el primer es- fuerzo de una labor que, no sé a qué méritos, se me ha dado nuevamente.

De los libros aquellos recibí, desde luego, tan sin- gulares complacencias que me prometí su lectura como hólganza sabrosa de mis semanas de asueto. En ellas habría tiempo propicio para gustar originales impre- siones, por lo sosegado de su vivir libre de horarios obligados que pudieran complicarlo; por su sencillez que proporciona a la existencia verdadera elegancia; por un abejorrear continuado de afectos que pintan de bondades el mundo, ya con el amor maternal que sua- viza las asperezas, ora con el cariño fraterno que per- fuma de atenciones cualquier itinerario o con la esti- mación sentida de los amigos que hace retoñar en las almas la pérdida creencia en la sinceridad.

Y acrecen en mucho aquellas excelencias si el am- biente es generoso. La tierra donde pasaba yo el di- ciembre no era otra que una plácida ciudad vallecau- cana. Allá se vive una vida blanda y cadenciosa. Las colinas rezan a toda hora un rosario de suavidades;

las labranzas cantan siempre himnos de fecundidad y musita el río notas de perenne paz. Allá se encierra el paisaje en un cuadro de belleza ideal sobre el que vive, realzándolo, una pátina de tradición. Y es cálido su clima como una urna votiva y su cielo es azul con intensidades de turquí y cargan un sello propio sus moradores y sus mujeres son pálidas hasta lo admira- ble y tímidas hasta la veneración y ruedan sus cos- tumbres en un círculo de patriarcal aristocracia y un gusto colonial se recuesta a sus edificios y tintinea en sus campanarios.

Mas, venía olvidándome de Pereda y del Colegio Mayor por ocuparme en rehacer un escenario en me- dio al cual saborée los encantos del español y soñé incontables veces con el rincón centenario de la calle 14, en Bogotá.

Justísimo aparece aquel oficio mío que tántas vir- tudes desarrolla, mucho más justo aún cuando se tiene a la vista *Sabor de la tierruca* que, si bien trasporta a parajes distintos de los que el Cauca baña, sin embar- go sugiere con su solo título un mar de cosas propias y sentidas que van tomando forma y colorido al com- pás de las páginas que adelantan en el libro.

Desjugada con cuidado la primera obra del obse- quio quedábame por apurar ansiosamente la segunda. Su lectura debía de realizarse en un risueño rincón de mi tierra natal donde la soledad y el silencio tienen amparo especial.

No sé qué misterioso influjo ejerció sobre mí aquel tomo para dedicarle tánta aplicación. El amarillo de su carátula tomaba un tinte encendido cual, me imagino, que ha de ser el de la sinceridad; su tamaño crecía a mis ojos como crecen en belleza ante el recuerdo los objetos amados y su nombre se relievaba ostentosa- mente como se abulta lo grande para quien lo com- prende.

«De tal palo tal astilla». He aquí el apelativo oportuno de la novela que había de volverme al Rosario. No creáis que me vaya a perder en síntesis inútiles de aquel libro. No. Para que lo conozcáis os mando directamente a su lectura. Yo sólo quiero extraer al título copiado un sentido aparente que me permita expresar, en buena hora, lo que él me inspira con relación al Rosario. Y no seré desventurado en mi ocurrencia porque, prescindiendo de la intención que Pereda le otorgó, pretendo constituir «de tal palo» la encina frondosa y acogedora a la cual, andando los días, arrancarán no sólo la astilla que yo represente sino una cantidad igual al número de condiscípulos que me acompañan. De la encina longeva han de salir continuamente fragmentos a propósito para labrar varones ejemplares en homenaje a la República. Tal es la misión encomendada al Mayor.

En esos símiles y en aquellas suposiciones vacaron muchos ratos de los que al libro pertenecían. El mismo marco que me encerraba contribuía a mis hurtos. Y era el oro pálido de la casa de enfrente a donde yo leía el que me ponía con frecuencia ante la propia fachada del Colegio y era la iglesita colonial que taladraba la lejanía la que perfilaba en visión la misma torre de la capilla de la Bordadita, y era Bolívar en bronce quien evocaba arrevesadamente la figura de fray Cristóbal.

No sé cuántos días emplee leyendo a don José María. Lo cierto es que a cada treinta o cuarenta páginas mi espíritu se abstraía y aparecía vagando en la capital por la casa del dominico.

Entonces, como siempre, ¡cuán bellos se mostraban los claustros! Guardaban ese su aroma exquisito de casa antigua donde la magnificencia tiene sus pebetes; conservaban aquel color de historia que vive ufano en el azul grisáceo de las columnas; difundían el

ambiente de gloria impregnado en sus mármoles insignes desde donde siguen contestando a lista, diariamente, Caldas y Rodríguez Torices, Camilo Torres y Atanasio Girardot, Rafael Pombo y Monseñor Carrasquilla,

La visión de esos claustros refrescaba las primeras impresiones del internado; resucitaba las alegrías de diez meses de estudio; revivía las tristezas calladas en las horas de pesadumbre; repetía las despedidas de fin de año; acercaba a los amigos lejanos.

¡Qué profunda melancolía guardaban esas aulas cerradas donde, días antes, vibrara en toda su fuerza la juventud! Aún resonaban ellas de risas y vocinglería, aún perfumaban de laureles y hacían gemir silenciosamente en sus rincones los mirtos marchitos de los estudiantes descuidados. Esas aulas contenían latentes los postreros acentos y las últimas emociones de la vida del Mayor.

¿Y qué estaban traduciendo aquellos muros adornados de óleos que forman el Paraninfo? En la severidad de muchos de sus retratos leía yo, bien claro, las horas solemnes en que muchachos afanados por encararse a la existencia sellan su carrera de estudiantes con un título que, enaltecéndolos, les carga también de responsabilidades y sinsabores. En las caras festivas y sonrientes conjugaba esas tardes de julio, entrelazadas de serpentinas y manchadas de confetti, en las que, damas, aspirantes a Reina, sufrían las atenciones sin corazón de una muchachada en fiestas. Y reflejaba yo las noches de festejos a Pombo en los semblantes cargados de dignidad y aristocracia de los viejos Rectores del Colegio. Entonces, reaparecía el salón ufano de luz y colmado de concurrencia; entonces, renacían la unción de Isabel Lleras y la gracia de su Rin-Rin; entonces, recobraban sentimiento los violines y retornaba la atmósfera santafereña que en aquellos días de noviembre se copiara. En los rostros marchitos y ca-

vilosos antojáhaseme esas sesiones académicas donde brillan hombres de estudio y de desvelo y, al repintar dichas juntas, no faltaba por cruzárame algún quevedesco personaje que me pusiera de presente la volteriana estampa de Antonio José Restrepo y me leyera la semblanza admirable de Guzmán Esponda.

¿Vosotros, lectores, no hubiérais tenido acaso la ocurrencia de bosquejar en las facces nerviosas y sobresaltadas el símbolo fiel de los estudiantes que llenábamós el Aula Máxima en la fecha del 28 de octubre? Porque, en ese día de clausura, al tiempo que la expectativa de calificaciones y premios, había un flotar de adioses que atribulaba las almas.

¡Cuán dolorosa es la partida cuando existen amor y sentimiento! ¡Qué dulce carácter toman las cosas y personas cuando van a perderse de vista!

En mis paseos imaginarios por el Mayor todo vestía ese traje de amabilidad con que lo contemplara en mis últimos días de Colegio, todo giraba al rededor de ese centro afectuoso que fueron mis postreras horas de rosarista. De allí que este mi escrito sea tan íntimo; de allí que mis recuerdos tengan la gracia, única a la verdad, de recoger en una semana los sentimientos de un año, despojándolos así de cualquier miseria para infundirles el brillo que merecen.

Que ante aquella fuerza poderosa quede a un lado Pereda y luzca tan sólo el Rosario,

Porque es afecto aquel salón claroscuro donde trabaja a mañana y noche el señor Rector. Allí hay paternidad, de allí fluye el buen consejo, allí halla la juventud normas de caballerosidad.

Porque es estimación aquella pieza retangular que hace de vivienda al señor Vicerrector. En ella el tropel deportivo nunca atropellará la galantería ni la probidad.

Porque es cariño el cuarto del señor Prefecto donde se sienta la cultura, donde palpita la comprensión y dialogan el deber con la bondad.

Porque es amistad la vida del internado que, reuniendo diversidad de caracteres y gustos, hace uno el latir de los corazones al influjo benéfico de la paternidad.

Un ángel de amor y de nobleza mantiene abiertas sus alas sobre el Colegio del Rosario. Pone incendios sobre la torre de la iglesia, hace brotar flores a los pies del fundador, riega de recuerdos la tumba de los muertos. Por eso tiene gratitud Monseñor Jiménez; por eso hallará simpatía eterna don Ignacio Santamaría, por eso será inolvidable Alfonso Sarmiento.

Y sobre ese campo de reminiscencias y amores reventada esplendorosa la Cruz de Calatrava, que es dolor por los que se marchan, alegría y paz por los que permanecen.

Febrero de 1934.

ALFONSO DELGADO PLAZA

